

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 28

ARMANDO GRECA

15 cts.



... se ha tirado con su revólver...

ARMANDO CRESCA

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinesa», Via Layetana, 53. - Barcelona)

I

Otra víctima!
—¿Dónde?
—¡Allí! ¿No lo ves? ¡Un hombre tendido e inmóvil en tierra, tal vez muerto! El terremoto que ha sacudido esta región hace unas horas y del que tú y yo hemos resultado ilesos casi por un milagro, ha sido fatal para ese desgraciado. ¡Acerquémonos!

—¡Bah! ¡Paz a los muertos!— dijo uno de los dos individuos que en las faldas de una rocosa montaña habían suspendido su marcha y atisbaban a una bendecida en la que, en efecto, veíase inerte y como sin vida una atlética figura humana...

Eran dos sujetos de aspecto algo sospechoso, que frisaban en los treinta años de edad. Aunque por la apariencia podían ser tomados por *cow-boys*, es lo cierto que tanto el uno como el otro sentían hacia el trabajo una aversión tan profunda como sincera.

El uno llamábase Jack Goffre y gozaba entre cuantos lo conocían fama de hombre de carácter avieso, ambicioso y temible, por su ferocidad.

Pendenciero y borrachín, había formado parte de una cuadrilla de

aventureros en la cercana región mejicana, lindante con la comarca en la que hubo de refugiarse, huyendo a una de caballo, para poner a salvo su pellejo.

En aquella huida le acompañó su amigo y compañero de aventuras y delitos, más conocido por el apodo del *Bufo* que por su nombre verdadero.

Este fué quien, encogiéndose de hombros, pronunciara las últimas palabras que hemos copiado, añadiendo:

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer es alejarnos con toda la rapidez posible de estos parajes, porque nuestras vidas, o por lo menos nuestra libertad, no están aquí muy seguras.

—¡Eres más miedoso que el animal cuyo nombre usas!— le reprochó con desprecio su compadre.

—¡Soy previsor y astuto, querido Jack! Y ya sabes que tengo muy buen olfato para barruntar el peligro.

—¡Veamos quién es ese hombre ahora y luego ya convendremos lo que conviene hacer! ¡Quizás le ha sorprendido la muerte con un buen puñado de billetes en los bolsillos, que a nosotros nos vendrían como

pedrada en ojo de boticario! ¡Sígueme!

Unos momentos después estos dos peligrosos sujetos se hallaban inclinados sobre la figura de un hombre joven, y lo examinaban con avidez.

—¡Vive!—dijo en voz baja Goffre. Y al mismo tiempo deslizo su mano diestra en uno de los bolsillos interiores de la americana, del que le quitaba la cartera.

Cometió este despojo, el miserable apresuróse a comprobar a cuánto ascendía su inicuo robo.

Contrajo su semblante una mueca de disgusto, al ver que toda la riqueza del desconocido consistía en cuatro billetes de a cinco dólares cada uno.

Sin embargo, murmuró:

—¡Menos es nada! Pero, ¿quién puede ser este pobre diablo? ¡Vedmoslo! ¡Sin duda su cartera contiene algún documento que acredite su personalidad!

—¡Ah! —añadió luego que hubo desdoblado un pliego de papel y paseó por su contenido una rápida mirada—. ¡Se llama Joe Rawlins!

—¡Rawlins!—murmuró el *Buho*. —¡Será acaso pariente del rico ranchero que fué asesinado hace unas semanas?

—¡Probablemente! ¡Sí, sí! ¡Es pariente de aquel hacendado tan rico! ¡Aquí lleva una carta...! ¡Y qué carta, compadre! ¡Ah! ¡Tengo en mis manos una fortuna!

—¿Por qué?

—¡Escucha y lo adivinarás!

Y Jack Goffre comenzó a leer en voz baja:

«Con la presente tengo el gusto de enviarte su bautismo con el fin de que pueda usted demostrar su

personalidad en Cactus City y tomar posesión de la herencia de su tío Tom Rawlins.

«El Rancho de la Cruz, del que su difunto pariente era propietario y que constituye la fortuna de que usted puede tomar posesión, está valorado en medio millón de dólares y se halla en posesión de Santiago Santine, antiguo administrador de su tío.

«Le saluda afectuosamente

«ALBERT DICKSON,

«Notario de Los Angeles.»

Seguía a esta breve lectura un silencio. Las miradas de aquellos infames se interrogaban y se fijaban en el arrugante mozo que yacía en el suelo.

—¿Qué piensa hacer?—inquirió el *Buho* en voz apenas perceptible.

—¿No lo adivinas?

—¡No!

—¡Pues tienes menos calostro que un asno!—respondió con desprecio Goffre—. ¿Qué voy a hacer? ¡Mil rayos! ¡Yo soy Joe Rawlins! ¡Comprendes?

—¡Ah!—exclamó el *Buho*. Y añadió—: ¡Soberbia idea! ¡Hay que aprovechar esta ocasión!

—¡Y aprovecharla en segunda!... ¡En marcha! ¡Vamos!

—Pero, ¿y este hombre?

—¿Qué quieres decir?

El *Buho* se le acercó deslizando le al oído unas cuantas palabras.

Tan horribles debieron de ser éstas, que la fisonomía de su compadre palideció intensamente, y durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando a su víctima con expresión siniestra.

Jamás un hombre sumido en el letargo y la inconsciencia que produce un desmayo, vióse en un pe-

ligro tan grande de despertar en la eternidad como Joe Rawlins.

Pero sin duda velaba por él un ángel bueno, pues meneando la cabeza con energía, como quien quiere librarse de una criminal idea, Goffre declaró:

— ¡No es necesario matarlo!

— ¡Tal vez te arrepientas! — insistió su espantoso compadre...

— ¡Calla! — exclamó aquél, furioso, y alejose corriendo cual si lo persiguiesen las furias, seguido de su compañero.

II

Quince minutos después, Joe Rawlins recobraba lentamente el sentido y el recuerdo de lo que le había ocurrido.

Lo hemos ya referido y no es preciso repetirlo. El temblor de tierra que poco antes sacudiera aquella comarca lo pilló a él bajando la montaña en la que nosotros hallamos a los dos aventureros, y haciéndole perder el equilibrio, tiróle al fondo



... se sentaron a la mesa junto a él

de la hondonada donde aquéllos han llevado a cabo la refatada infamia.

Nuestro viajero se puso en pie y al comprobar que no obstante sentir en varias partes de su atlético

cuerpo cierto dolor, efecto del batacazo, no tenía ninguna hueso fracturado, exclamó:

— ¡No ha sido nada! ¡En marcha, Joe! ¡Cactus City está cerca y en ella te espera la riqueza!

Pronunciadas estas palabras, llevóse la mano diestra al bolsillo de la americana en que guardaba su cartera.

Un estupor inenarrable se pintó en sus varoniles y correctas facciones al cerciorarse de que no llevaba consigo la documentación que representaba, para él, la posesión inmediata de una fortuna.

La sospecha de que había sido víctima de un robo no cruzó siquiera por su mente. Pensó que debido a la sacudida sufrida de los pies a la cabeza, cuando rodó como una pelota montaña abajo, la cartera había salido del bolsillo y, por lo tanto, le sería fácil hallarla.

Tan esperanzadora y lógica suposición hubo, empero, que desecharla al cabo de una hora de inútiles pesquisas, y reemplazarla por la certeza de que alguien se la había robado.

Una cólera tan intensa como su turbación se apoderó de él.

¿Qué haría sin poder acreditar

su condición de pariente y legítimo heredero de su tío Tom?

Lleno el cerebro de los más confusos pensamientos, Joe Rawlins emprendió la marcha hacia Cactus City, que se perfilaba a lo lejos, más allá de unas inmensas pampas que incendiaban los rayos del sol poniente.

Poseía aún unas cuantas monedas en el bolsillo, y obediente a los estímulos del apetito que comenzaba a reclamar sus fueros de un modo apremiante, nuestro protagonista penetró en un bar que encontró a su paso, apenas llegado a la mencionada población.

Estaba el establecimiento bastante concurrido, y extrañándole sobrenaturalmente no ver en parte alguna lamentables huellas del terremoto que tan angustiosas consecuencias había tenido para él, preguntó a unos parroquianos sentados a una mesa cercana a la suya:

—¿Ha habido aquí muchas desgracias a causa del temblor de tierra?

Uno de aquéllos respondió:

—¡Tres o cuatro personas heridas y una casucha derrumbada!

—¡Yo puedo hablar de ese ciclón por un milagro del cielo! ¡Me sorprendió en pleno monte y caí rodando a una especie de sima, en la cual me quedé sin sentido más de una hora! ¡Por lo tanto, puedo decir que he nacido hoy!

—¡Lo malo es que, a pesar de la suerte que he tenido saliendo ileso de un accidente tan grave, he perdido una cartera!

—¿Llevaba usted mucho dinero? —preguntó a Rawlins uno de sus interlocutores.

—¡No, por cierto! ¡Una mezquindad! ¡Veinte dólares! Pero la cartera contenía documentos mer-



... hicieron una pausa...

ced a los cuales mañana mismo habría yo sido inmensamente rico...

Tan inesperada declaración produjo en cuantos la oyeron cierto agotamiento.

Rawlins tenía aspecto harto rudo y vulgar, con su vestido de *cotodón*, para que nadie tomase muy en serio sus palabras.

Advirtió él un gesto de incredulidad en las curtidas facciones de aquella gente, y queriendo convencerles añadió:

—¿Les extraña a ustedes lo que digo, verdad? ¡Es natural! Pero me creerán si les aseguro que soy el único heredero del rico rancho Tom Rawlins, y los documentos que llevaba en la cartera extraviada o robada así lo acreditaban...

Esta declaración surtió un efecto contrario al que Joe supuso producirían.

—¡Amigo mío—dijo uno de sus oyentes—, no puede negarse que tiene usted una imaginación fantástica e ingeniosa!

—¡Cómo! ¿No creen ustedes que les está hablando el dueño legítimo del Rancho de la Cruz?

Cuando Joe formulaba esta pregunta pasó por su lado un hombre

vestido de uniforme, conversando con el dueño del *bar*.

Ambos se detuvieron de pronto, y el primero de aquéllos, frunciendo el ceño, exclamó:

—¿Qué dice este mozo?

Joe Rawlins, levantando la cabeza, declaró:

—Estos amigos no quieren creer que he venido a Cactus City para entrar en posesión de la herencia de mi difunto tío... Tom Rawlins.

—¿Usted... usted... heredero del hacendado más rico del país?

—Sí, señor! Yo me llamo Joe Rawlins y soy el heredero universal de mi pobre tío.

—¿Puede usted demostrarlo?

—En este momento, no, señor!

—¿Por qué?

En breves palabras refirió nuestro viajero los hechos que ya conocen nuestros lectores.

El hombre del uniforme meneó la cabeza y poniendo una mano sobre el hombro de Joe, declaró con severo acento:

—Me parece que ha dado usted un paso en falso maquinando tan grotesca fábula!

Los ojos de Joe relampaguearon de cólera y poniéndose en pie, gritó:

—¿Qué significa su amenaza?

—Significa que la ley reserva un castigo muy duro a los impostores!

En aquel momento la voz del dueño del *bar* invitó:

—Detenga usted a ese tonto, amigo Hawe, porque es un pájaro de cuenta! ¡Lo digo yo, que conozco al auténtico heredero del difunto Rawlins!

Un clamor de indignación estalló en la sala. Hirviendo y rugiendo de cólera, el calumniado mozo se alanzó hacia el mostrador vociferando:

—¡Voy a arrancarte tu lengua ponzoñosa y embustera, malvado!

Y seguramente el dueño del *bar* habría guardado un mal recuerdo de la visita de nuestro amigo, quien dando un salto quiso agarrarlo por el cuello con su puño de hierro, si Hawe no lo hubiera impedido.

—¡Lo detengo a usted en nombre de la ley!

Y a viva fuerza obligó al encolerizado enemigo a abandonar su alaque.

—¡Yo no soy ningún criminal para que se me detenga!

—¡Eso ya lo demostrará usted, si puede! ¡Ahora, obedéscame!

La situación de Joe la agravo un capricho del poderoso azar, independientemente de la voluntad humana.

Porque si la casualidad no hubiese guiado los pasos de la encantadora y bondadosa Sue Bradford, hija del *sherif*, hacia la pequeña plaza en que estaba el *bar*, en el preciso momento que en éste ocurría la escena que referimos, no habría podido ser testigo de la lucha entablada por un hombre, en el apogeo de la juventud y la fuerza, resistiendo a ser conducido a la cárcel como un malhechor.

Entonces la bella criatura, enterada de la causa de aquella barahunda, no habría podido declarar:

—No hace una hora ha visitado a mi padre Joe Rawlins... el heredero del hacendado de este nombre que falleció hace poco.

Sus palabras desencadenaron sobre el sospechoso Joe un huracán de insultos y amenazas.

—¡Es un criminal!—vociferó alguien!

—¿Quizás fué su brazo de Cain el que asesinó a Tom Rawlins!—sugirió otro.

—¡A la horca con él!—aullaron muchas.

—¡A lyncharlo! ¡A lyncharlo!

Joe Rawlins quedó acorralado y, como una fiera acosada por nutrida jauría, decidió vender bien cara la vida que le querían arrebatár.

Sacóse, pues, el revólver y con voz poderosa declaró:

—Antes de que alguno de vosotros pueda tocarme el pelo de la ropa, un cortero bialaso de mí re-

volver lo enviaré al infierno! ¡Atrás! ¡Fuego del infierno! ¡Atrás todo el mundo o disparo!

El compacto grupo de aulladores enemigos retrocedió unos pasos.

Ni uno solo dudaba de que aquel mozo tan inesperado cumpliría su palabra.

De pronto la estentórea voz del dueño del *bar* gritó:

—¡Esperad que venga el *sherif*, a quien ya han ido a buscar!

III

Antes de cinco minutos comparcía en el lugar donde se desarrollaban tan graves sucesos el *sherif* de la comarca, hombre tan temido por los beibones de todo juez por su severidad, como ensalzado y respetado por las personas honestas y laboriosas por la rectitud de su carácter y la nobleza de su corazón.

Apenas hubo llegado, Joe Rawlins exclamó:

—¡Me entrego a usted, porque mis ojos leen en su rostro que sabrá hacerme justicia!

El *sherif* ordenó a los tres delegados que lo acompañaban:

—Hagan ustedes marcharse de aquí a esta gente, asegurándoles que se hará justicia!

No costó poco trabajo apaciguar los ánimos y lograr a la muchedumbre que renunciase a recurrir en aquella ocasión a la bárbara costumbre de ajusticiar a un preso.

¡Cuántos crímenes se han cometido por aplicar la tan conocida como cruel ley de lynch con demasiada precipitación, por injustas

sospechas o por saciar un odio sin fundamento!

Joe Rawlins debió la vida al profundo respeto que infundía el *sherif* y al acatamiento con que siempre eran recibidos sus mandatos.

No obstante, la multitud escoltó al detenido hasta la morada de la primera autoridad de Cactus City, estacionándose ante ella pidiendo con enfurecidos gritos la muerte del supuesto aventurero.

Este clamor se apaciguó con rapidez, y cuando Joe Rawlins y el *sherif* estaban a solas en el amplio despacho de éste, nuestro protagonista declaró con amargura:

—No acabo de comprender por qué he suscitado las sospechas del policía que quiso detenerme; no puedo comprender tampoco por qué el dueño de aquel establecimiento me calumnia de un modo tan infame y ambiguo.

El *sherif*, que lo examinaba con ojos sagaces y penetrantes, le preguntó:



... ante la expectación de toda aquella gente...



... el policía pasó en él sus vigorosas zarpas...

—¿A qué policía se refiere usted?
¿Conoce su nombre?

—¡Si no recuerdo mal se llama Hawo!

—Hawo no es policía... Es un guarda rural que estuvo al servicio del difunto Rawlins en el *Bancho de la Cruz*. Pero desde la muerte de su tío ya no ejerce ese cargo.

Una alegría inenarrable resplandeció en las varoniles y guapas facciones del detenido al oír que el *sherif* lo consideraba sobrino legítimo del desdichado ranchero.

—¡Ah! ¿Usted cree en mi inocencia?—exclamó.

El *sherif* hizo con la mano un gesto, invitándole a guardar silencio, y con acento afable dijo:

ARMANDO CRESCA



... la acogió con una sonrisa ilusionada de amar...

Interpretada
por
**Buddy
Roosevelt**



... al oír aquellas palabras, todos voltearon la cabeza...

—Yo creo en muchas cosas porque sé otras que los demás ignoran... Así, por ejemplo, yo fui quien descubrió que al difunto Tom Rawlins, cuya muerte todo el mundo suponía fué debida a una caída del caballo, lo asesinaron por la espalda... ¿Quién? Faltó averiguarlo, y espero que la verdad se sepa pronto...

—También sé que el hombre que se ha presentado aquí esta tarde, declarando: Damarse Joe Rawlins...

—¡Es un infame! Un criminal, un ladrón! El me robó los documentos que acreditaban mi personalidad. *Sherif*, póngame usted frente a frente con ese impostor y

que sostenga si se atreve que es quien dice!...

—¡No es necesario ir tan de prisa para averiguar una cosa que ya sé... o sea que usted se llama Joe Rawlins y es el legítimo dueño del *Rancho de la Cruz*... y aquel impostor un aventurero de la peor ralea!...

—¡Gracias con todo mi corazón, con toda mi alma, por juzgarme usted con tanta verdad y acierto... y no dudar de mi inocencia!...

—¡Dudar yo de su inocencia es imposible! ¿Quiere usted saber la causa...? Conoci a su tío Tom Rawlins, que se parecía mucho a su hermano, o sea al padre de usted... de quien fui el mejor de sus amigos en la juventud... Y usted es igual que ellos... ¿Comprende usted?

—Sí, sí, comprendo y no encuentro palabras con qué expresar mi alegría y mi gratitud...

En aquel momento llamaron a la puerta, y, abierta ésta, compareció en el umbral un hombre de uniforme que dijo:

—¡En la mina de los tnelguistas ocurre algo que reclama su presencia, jefe!

—¡Iremos en seguida! ¡Espérame en la calle con el caballo preparado!

Luego que desapareció su subordinado, cerrando la puerta tras de sí, el digno y austero *sherif* dijo al heredero:

—¡Va usted a quedarse en mi casa, en calidad de huésped, no de preso!... Aunque nuestra conversación queda interrumpida, lo que hemos hablado es suficiente para desvanecer todos sus temores y angustias, ¿no es verdad?

—¡Claramente, nada temo ya...

sabiendo mi inocencia creída y proclamada por usted!

—Sin embargo, podría ocurrir que sobreviniesen algunos peligros tan desagradables como peligrosos... No puedo explicarle con más amplitud, porque reclaman mi presencia lejos de aquí circunstancias excepcionalmente graves...

Pronunciadas estas palabras abrió la puerta, y asomando la cabeza al pasillo, llamó:

—¡Sue! ¡Sue!

Una voz dulce y cariñosa respondió:

—¡Voy, papá!

Inmediatamente entró en la estancia la bella y seductora joven que, una hora antes, bien ajena a los peligros que habían de desencadenar sus palabras sobre nuestro amigo, conocimos cerca del *bar*.

Turbada y confusa, encendido su anfiado y candoroso rostro de rubor, no se atrevía casi a mirar al detenido.

—Hija mía—le dijo su padre—, te presento a Joe Rawlins, al verdadero y auténtico sobrino y heredero de mi difunto amigo el hacendado de ese nombre...

—Entonces, yo debo pedirle a usted perdón—bailuceó fijando sus dulces ojos en Joe.

—¡Bah! Usted dijo entonces la verdad...—la excusó el valeroso joven.

—¡Fui tan ligera como insensata—declaró la hermosa joven—, y no habría conocido ya en la vida consuelo ni sosiego si por las palabras que pronunciaron mis labios usted hubiese sido víctima del odio y la cólera de la multitud!...

—¡No piense usted en un peligro que ya no existe ni volveré a conocer!

—¡Quién sabe!—advirtió el *she-*

riz/ con una evidente preocupación.

—¡Santo cielo! ¿Qué dices, papá?—exclamó Sue, envolviendo al detenido en una dulce mirada.—¿Aun siendo inocente corre este hombre algún peligro?

—Las muchedumbres, querida Sue, son tan obstinadas en sus odios y en sus errores, como injustas y exageradas en sus favores. Y, por lo mismo, nada tendría de extraño que azuzada y engañada por alguien, muy interesado en que la verdad no resplandezca, los mismos que querían lynchar a nuestro amigo, se presentaran ante nuestra morada reclamando la presa que han soltado, y enfurecidos y arrepentidos de haberla soltado...

—¿Quiera el cielo que no se confirmen estas suposiciones?

—Pero bueno será estar prevenidos para hacer frente al peligro...

—¿Y de qué modo, papá?

—¡Del único posible! Cuando la

razón y la verdad son perseguidos por el odio, cuando la violencia quiere ocupar el sitio reservado a la justicia, es preciso oponer el odio y la violencia...

—¿Por lo tanto, querido Rawlins, si te ves obligado a defender tu propia vida con las armas en la mano, no vaciles en defenderla! ¡Si quieren asesinarte... no aceptes resignado tan trágico fin! ¡Defiéndete la vida que sólo Dios puede quitarte, porque Él te la dió... y si es necesario... mata!

—Mi hija te proporcionará las armas necesarias, pues durante mi ausencia será la guardiana y la única dueña de esta casa...

—Ahora ya no puedo entretenerme ni un minuto más... ¡Hasta la vista!

Y dando esta lacónica despedida el austero *sherif* de Cactus City salió del aposento y de su morada lleno el espíritu de aprensiones y temores.

IV.

No se confirmaron éstos, porque los hechos que recelaba no llegaron a ocurrir.

Por lo cual dejaremos transcurrir una veintena de horas.

Aquella misma noche regresó el *sherif*, y acto seguido, sin entregarse al descanso que su exhausto y fatigado organismo le exigía, escribió una carta dirigida al administrador Santlino.

En ella le citaba para las cuatro de la tarde siguiente en casa del abogado Borman. Luego que llamó a un delegado suyo y recomendó

entregar la misiva en las propias manos del destinatario, traxó unas cuantas líneas para uno de sus mejores amigos, el detective Edvarda, residente en San Francisco.

Decían lo siguiente:

«Tan pronto el telegrafo te remita estas palabras, ven a verme.

«Tu amigo,

«BRADFORD.»

Del tren que, procedente de aquella ciudad se detenía dos minutos en la estación de Cactus City, a las

tres, poco más o menos, descendió aquel día un viajero que apenas lo vieron los ojos del *sherif* abalanzóse a su encuentro llamando:

—¡Edvarda, Edvarda!

El detective corrió hacia su amigo y luego de cambiar con él fuertes y efusivos abrazos, le preguntó:

—¿Qué ocurre? Desde luego se trata de algo grave y un tanto misterioso, ¿verdad?

—¿Misterioso? ¡No por cierto! ¡Es un asunto diáfano y claro como la luz del sol! Te lo referiré mientras vamos a casa del más inteligente abogado de la ciudad.

Cuando los dos hombres llegaban a la señorial mansión de Herman, el detective ya sabía a qué atenerse respecto a la muerte del rancharo Rawlins.

—¿Nos espera ya su administrador?—preguntó.

—Quizás haya venido mientras yo he acudido a la estación. Quien nos espera es el legítimo heredero de aquel malogrado amigo mío...

Así era, en efecto. Joe Rawlins le había ya enterado de lo que le ocurriera en su viaje hacia el *Rancho de la Cruz*.

—¿Y dice usted que el *sherif* conoce al individuo que ayer se presentó ante él usurpando el nombre de usted?

—¿Conocerlo? No creo que lo conozca, ni que sepa dónde vive; al contrario, a estas horas ya estaría en la cárcel.

—De todas maneras, su causa está ganada!—aseguró Herman. Reconociendo el *sherif* la personalidad de usted, son innecesarios los documentos que la acreditan y que obran, sin duda, en poder de un pájaro de cuenta.

En aquel momento llegaron el *sherif* y el detective Edvarda, y se-

guidamente un criado del abogado anunció la visita de Santiago Santine...

Era éste un hombre joven y de fornido aspecto. Apenas entró en el despacho, paseó una escudriñadora y rápida mirada sobre cuantas personas había allí reunidas.

La presencia de Joe Rawlins le causó un intenso efecto que en vano esforzase en disimular.

—¿Conoce usted a este caballero?—le preguntó el abogado a Santine.

—¡Esta es la primera vez que lo veo en mi vida!—repuso el capataz con cierta emoción.

—Voy a presentárselo a usted... Se llama Joe Rawlins y es el nuevo propietario del *Rancho de la Cruz* y, por lo tanto, amo de usted.

—Poco sí...—balbuceó Santine.

—No se interrumpa. ¿Qué iba usted a decir?—inquirió el abogado.

—¡Nada!—declaró Santine con sequedad.

—Ese caballero es el sagaz detective Noré Edvarda, amigo íntimo y persona de confianza de Joe Rawlins—dijo el abogado.

Santine comenzaba a encontrarse muy mal entre aquellas personas y deseando poner fin a su malestar lo antes posible, declaró:

—Estoy a disposición de los señores, pero como reclaman mi presencia en el rancho unos asuntos de mucha importancia, con su permiso regresaré allí, donde esperaré su llegada...

—¡Por mi parte, no tengo en ello inconveniente alguno! Sin embargo, quisiera verle a usted una carta que recibí anteyer...

Al mismo tiempo sacó del cajón central de su mesa un papel y doblandolo, añadió:

—Es ésta... y dico lo siguiente:

«Advierto al abogado Borman que si le es posible evitar que el legítimo heredero del Rancho de la Cruz se presente en él, tal vez lo libre de la desgracia que lo amenaza, porque su capataz Santiago Santine es un granuja y un malvado y quiere tender, al nuevo propietario, una emboscada...»

—¿Qué tiene usted que objetar a estas líneas?

—¡Bah!—exclamó Santine enco-

giéndose de hombros—. Todos tenemos enemigos en este mundo y sin duda es una persona que me aborrece la que ha escrito esas líneas...

—No digo yo lo contrario... Pero, por si acaso y como abogado suyo, aconsejo al señor Rawlins que se venda ese rancho sin poner los pies en él...

—Eso no es de mi incumbencia...—declaró Santine con frialdad—. Y con el permiso de ustedes, si no tienen nada que mandarme, emprenderé el regreso al rancho.

V

Pocos minutos después salía de la ciudad, pero apenas llegó a las afueras, lo rodearon unas docenas de hombres que sin duda estaban esperándolo.

—¡Manos a la obra, amigos! ¡Es preciso hacer justicia lo antes posible! ¡Esta misma tarde, antes de que anochezca! Ya sabéis la promesa que os hice. La cumpliré... pero es necesario que impidáis vosotros que un impostor, un bandido, un aventurero se apodere con la aquiescencia de la justicia de lo que no es suyo. ¡Estáis dispuestos todos a obedecerme?

Todas contestaron a coro unánimemente. Entre aquella exaltada multitud figuraban dos personajes que ya conocen nuestros lectores, pues no son otro que Jack Goffre y su compadre el Buho.

Estos eran cómplices del siniestro capataz y los autores de la muerte del ranchero Rawlins por el precio de dos mil dólares.

Cometida su impía y cobarde fechoría y recibido el oro estipulado, se refugiaron más allá de la frontera, viviendo alegremente, de orgía en orgía, mientras les duró el dinero.

Después regresaron al Rancho de la Cruz, presentándose ante Santine y exigiéndole más dinero.

Pero éste les convenció de que



... había sido amañado...

nada podía entregarles hasta que transcurriera un mes, y les recomendando que se hospedaran en Cactus City, en el *bar* que ya conocemos, cuyo dueño era pariente suyo.

La casualidad puso en el camino de la malvada pareja a Joe Rawlins, y una vez en su poder los documentos del legítimo heredero, Jack se presentó con tanta audacia como temeridad en la morada del *sherif*.

Luego regresó con su digno compadre al *Huacho de la Cruz*, entregando a su capataz del robo cometido...

Por eso Santino, a quien su pariente, el dueño del *bar*, enterara de los sucesos desarrollados en su

establecimiento mediante una carta, cuando leyó el mensaje del *sherif*, olfateando el peligro con certero instinto, decidió jugar una partida arriesgada, tramando el asesinato del joven Rawlins.

Sus dos cómplices le ayudaron en la criminal tarea, congregando una treintena de miserables, capaces de las peores vilezas por un centenar de dólares.

—Seguidme, pues, a Cactus City—dijo a aquella horda—y si me veis entrar en la casa del *sherif* y permanecer en ella cinco minutos, será señal de que vosotros podéis invadirla y apoderaros del aventurero.

VI

Las fuertes y furiosas vociferaciones interrumpieron el dulce coloquio que sostenían Sas y Joe una hora después.

—¡Santo cielo! ¿Qué significa eso? ¿Por qué quita esa gente? ¿Qué pide? —balbucearon los trémulos labios de la hermosa joven.

—No se asuste usted, amiga mía! Esa chusma pide mi cabeza! Su padre tenía razón, y yo no olvidaré sus consejos! ¡Sabré morir matando!

—¡No, no! ¡Huya usted!

Varias detonaciones se mezclaron con los roncros mueras que profería la multitud apiñada frente a la morada del *sherif*.

Una bala rompió el cristal del balcón, rozando el brazo derecho a Joe.

Este, para no asustar a su protec-

tora, guardóse de declarar que estaba herido, y dejándose guiar por ella, descendió a la planta baja.

—¡El corazón me anunció una desgracia cuando, hace poco, vi al capataz Santino! ¿Por qué no le hice caso, Dios mío, y no le aconsejé a usted entonces que huyese? ¡Ahora su huida es más peligrosa!

—¡No se niegue a obedecerme si no quiere verme morir de angustia! ¡Voy a proporcionarle el caballo del mismo Santino, en el que huirá usted por la puerta posterior que da a la campiña!

Y queriéndolo arrastrar con sus débiles fuerzas, obligó a Rawlins a seguir su consejo.

Cuando salió sobre el lomo del fogoso corcel, Joe dijo:

—¡Hasta pronto, mi dulce y va-

lerosa amiga! (No la olvidará jamás mi corazón! Dígale a su padre y al detective Edvarda que voy al *Rancho de la Cruz*...

Ya era tiempo. Los amotinados invadieron en aquel momento el edificio, ebrios de odio y de sangre.

Pero hallaron la jaula vacía. Una hora después, los policías y los delegados del *sherif* dispersaban a los invasores, deteniendo a su jefe, Jack Goffre, al ser reconocido por el austero y sagaz *sherif*...

Estrechado a preguntas por el padre de la bellísima Sue y por el de-

detective acabó de confesar el crimen cometido contra el rico y desgraciado Rawlins.

Aquella misma noche era desenmascarado y detenido en el rancho, el execrable Santine, y convicto y confeso de su delito, ingresaba en la cárcel de Cactus City.

Seis meses después, vendido el *Rancho de la Cruz* por medio millón de dólares, Joe Rawlins, convertido en un millonario, contraía enlace con la enamorada y virtuosa hija del *sherif* de Cactus City.

F : N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

A SANGRE Y FUEGO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vígorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cta. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 15. La ley del revólver. |
| 2. Contra viento y marea. | 16. El «Guapo del rancho K.» |
| 3. El valle del misterio. | 17. Los falsificadores. |
| 4. El rey de los finches. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 19. Veloz como el rayo. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 20. Perdido en el desierto. |
| 7. La ley del tortazo. | 21. Los cuatreros. |
| 8. El culpable. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 9. De señorito a vaquero. | 23. Por defender a una mujer. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 24. El fantasma del rancho. |
| 11. Ladrones de ganado. | 25. De cara a la muerte. |
| 12. El valiente. | 26. Buscando la revancha. |
| 13. El «Pirata del Desierto». | 27. Astucia rural. |
| 14. El crimen ignorado. | |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona